

EFFECTOS SECUNDARIOS

de

Víctor Vegas © 2013

Web del autor: <http://victorvegas.com/>

Obra para 1 actriz y 3 actores

Copyright © 2013

ADVERTENCIA:

Los derechos de esta obra están protegidos por las leyes de propiedad intelectual en todo el mundo. Todos los derechos para su puesta en escena en teatro, radio, cine, televisión o lectura pública están reservados tanto para compañías profesionales como aficionadas. Los derechos y permisos deben obtenerse a través de:

SGAE / Sociedad General de Autores y Editores

Departamento de Dramáticos

c/Fernando VI, 4. (28004). Madrid, España.

Tel: (+34-91) 3499550

Fax: (+34-91) 3102120

Web: <http://www.sgae.es/>

E-mail: palvarez1@sgae.es

E-mail: vsvegas@gmail.com

R6-0516

Marzo, 2013

*Cuando el agua ha empezado a hervir,
apagar el fuego ya no sirve de nada.*

Nelson Mandela

Ojo por ojo y todo el mundo acabará ciego.

Mahatma Gandhi

PERSONAJES

ACTRIZ: MERCEDES/DEISY

ACTOR 1: GNOMO/TUQUEQUE/NIÑO-RATA

ACTOR 2: BRUNO/QUIROGA

ACTOR 3: JOHAN/VILLEGAS/ORESTE

1 / El barrio

Noche.

Callejón sin salida.

Entra corriendo el Gnomo.

Se detiene ante la imposibilidad de escapar.

Se vuelve y enfrenta a sus perseguidores.

GNOMO: *(Levantando los brazos.)* ¡No estoy armado! ¡No estoy armado!

Entran Bruno y Johan.

Bruno apunta al Gnomo con un revólver.

Johan apenas puede respirar tras la carrera.

BRUNO: ¡De rodillas! ¡Y las manos sobre la cabeza!

GNOMO: ¡No estoy armado!

BRUNO: ¡Me importa un güevo! ¡Haz lo que te digo!

GNOMO: Okey, okey.

Se arrodilla y se lleva las manos a la cabeza.

BRUNO: *(A Johan.)* Regístralo.

JOHAN: De acuerdo.

Cachea al Gnomo.

Bruno no para de apuntarle con el revólver.

Pausa.

GNOMO: Yo no he hecho nada.

BRUNO: ¡Cállate!

JOHAN: Está limpio.

BRUNO: ¡Hijo de puta!

Le cae a patadas al Gnomo mientras continúa insultándolo. Éste se enrolla como un ovillo; se protege como puede, con manos, brazos y piernas. Johan hace esfuerzos por contener el arranque de violencia de Bruno.

JOHAN: ¡Hey! ¡Hey! ¡Cálmate, pana! ¡Cálmate! ¡Déjalo ya!

Logra apartar a Bruno del Gnomo.

JOHAN: ¿Qué pasó? Quedamos en que no íbamos a maltratar al chamo. Rompiste tu promesa.

BRUNO: (Al Gnomo.) ¡Maldito! ¡Hijo de la grandísima puta!

Escupe sobre el Gnomo.

JOHAN: ¡Quieres calmarte ya!

BRUNO: ¿Es que no te corre sangre por esas venas, bro? Este malparío se ha ensañado y matado a dos de nuestros vecinos ¿y tú como si nada?

JOHAN: La ira no es buena consejera.

BRUNO: ¡No me jodas!

JOHAN: Bruno, de verdad, pana, tienes que aprender a controlar tus impulsos más básicos en momentos como éste; de lo contrario, podrías arruinar tu vida en cuestión de segundos, ¡así!, a causa de un acto irreflexivo, irracional...

BRUNO: ...

JOHAN: Además, aún no sabemos con certeza si fue él el que mató a nuestros vecinos.

BRUNO: Él o sus compinches... ¡Qué más da! Para los efectos es la misma vaina.

JOHAN: Cálmate, por favor.

BRUNO: ¡No me digas que me calme, coño!

*Va de nuevo hacia el Gnomo.
Lo coge por el pelo y le restriega el cañón del
revólver sobre la cara.*

BRUNO: ¿Adónde se ha ido el otro malandro que andaba contigo, ah? Y el tercero de tu patota, ¿dónde está enconchado ése? ¡Vamos! ¡Habla, mamagüevo! ¡Dinos dónde están escondidos tus dos compinches!

GNOMO: ¡No lo sé! ¡Juro por Diosito santo que no lo sé!

BRUNO: ¡Ah! Conque ahora eres creyente, ¿no? Pero igual matas a tu prójimo sin el menor remordimiento... Tú y tus amigos se ensañaron brutalmente con esa parejita, desgraciado...

GNOMO: No sé de qué me habla, señor.

BRUNO: ¿No sabes? No sabes de qué te hablo, ¿verdad? Pero te juro que aunque sea a coñazo y patada limpia yo te lo voy a sacar... ¡Voy a hacer que nos cantes todito! Todo lo que en realidad pasó la otra noche en el rancho de la sobrina de Silva... Todo, de principio a fin...

*Le pega con saña; con la culata del revólver.
Una vez que el Gnomo yace en el suelo, le entra de nuevo a patadas, repetidas veces.*

BRUNO: ¡Maldito, mamagüevo! ¡Maldito!

JOHAN: ¡Bruno!

Vuelve a intervenir para separar a Bruno del Gnomo.

JOHAN: ¿Qué pasa? ¡No somos ningunos matones, pana!

BRUNO: Ese hijo de puta se merece eso y más.

JOHAN: ¡Pero si casi es un niño!

BRUNO: No me vengas con tus moralismos y tus vainas, Johan. Ese "niño" que tú ves ahí, debe tener unos cuantos muertos encima.

GNOMO: Yo no he matado a nadie...

BRUNO: ¡Cierra el pico!

JOHAN: Acabemos con esto ya. Bajémoslo hasta el módulo policial y entreguémoselos a los agentes que deben de estar de guardia para que ellos se encarguen.

BRUNO: ¡¿Qué?! ¡Estás loco!

JOHAN: ¿Por qué?

BRUNO: Cómo se ve que eres nuevo en el barrio... Si se lo entregamos a esos tombos, en menos de lo que canta un gallo, estará libre otra vez.

JOHAN: Entonces qué propones.

BRUNO: Lo llevaremos ante Silva y los demás y que ellos decidan.

JOHAN: Esa no me parece una buena idea.

BRUNO: ¿Por qué no?

JOHAN: Porque en estos momentos Silva y los otros tienen los nervios alterados y los ánimos demasiados caldeados, pana, y lo más probable es que si nos presentamos con el muchacho, acaben linchándolo.

BRUNO: ¿Y?

JOHAN: ¿Cómo que "Y"?

BRUNO: ...

JOHAN: Conformamos estas brigadas para vigilar el barrio e intentar protegernos unos a otros de los malandros, no para tomarnos la justicia en nuestras manos.

BRUNO: No, te equivocas, las brigadas son justamente para limpiar el barrio de escoria como ésta.

JOHAN: ¿Eso piensas?

BRUNO: No soy el único que lo piensa. La mayoría piensa igual. Pregunta y verás.

JOHAN: Pues yo no me apunté para eso.

BRUNO: ¿Entonces para qué? ¿Crees que con estos tipos se puede jugar a policías y ladrones, a los buenos y malos?

JOHAN: No, pero...

BRUNO: ¡Son sanguinarios, bro! Muy malos y sanguinarios. Ya ves lo que hicieron con esa parejita... Si quedan en libertad querrán tomar revancha, vengarse... Todos correríamos un grave peligro si otra vez llegaran a pasearse libremente por el barrio... ¡No! Tenemos

que tratarlos como ellos nos tratarían a nosotros si cayéramos en sus manos; si fuéramos sus víctimas.

JOHAN: Te repito que no somos ningunos matones.

BRUNO: Y no lo somos, bro. ¿Quién ha dicho lo contrario?
¿Tú has matado a alguien?

JOHAN: Por supuesto que no.

BRUNO: Pues yo tampoco.

JOHAN: Más a mi favor. Lo mejor será que le entreguemos este muchacho a la policía.

BRUNO: ¿Otra vez con eso?

JOHAN: Espera, espera. No me has entendido. No me estoy refiriendo al módulo de allá abajo. Podemos ir hasta la comisaría más cercana y entregarlo allí.

BRUNO: Es la misma vaina.

JOHAN: No todos los policías son corruptos, Bruno.

BRUNO: ¡Pero a todos les importamos una mierda! ¿Acaso los has visto alguna vez patrullando por el barrio?

JOHAN: La verdad...

BRUNO: ¡Nunca! ¿Oíste? ¡Nunca! Y si acaso se les ve la carátula por acá es para hacer sus chanchullos y demás marramuncias... O para joder a algún vecino...

JOHAN: (*Reflexivo.*) En eso puede que tengas razón.

BRUNO: ¿Ves? Precisamente por ese motivo nos hemos visto obligados a conformar estas brigadas.

JOHAN: Pero...

BRUNO: ¡Les importamos una mierda a los poli, Johan! ¡Y con esto no hay pero que valga! Esa es la purita verdad. (*Breve pausa.*) Desde hace años nos dejaron a nuestra suerte, a merced del malandraje, y ahora les da miedo, pánico, subir al barrio... No podemos contar con ellos. Así de simple.

Ambos miran al Gnomo. Pausa.

BRUNO: No. Definitivamente nada de policía esta noche. Llevaremos al muchacho ante Silva y los demás como dije y *sanseacabó*.

JOHAN: Lo van a linchar, Bruno, créeme.

BRUNO: Si lo linchan no es nuestro problema... Es su problema... ¡Y además se lo habrá ganado!

JOHAN: Entonces, ¿por qué no le pegas un tiro aquí mismo, en la cabeza, y *sanseacabó*?

El Gnomo, que ha estado muy atento de la conversación de Johan y Bruno, se sobresalta.

BRUNO: ¡¿Qué?!

JOHAN: Que le pegues un tiro en la cabeza al carajito este y listo. Se acabaron nuestros problemas y nos vamos tranquilos a casa. ¡Anda!

BRUNO: Pero... ¿Te has vuelto loco?

JOHAN: ¿Qué pasa?

BRUNO: No pienso hacer eso, bro.

JOHAN: ¿Por qué no? Nadie se va a enterar de que fuimos nosotros los que lo matamos. Si acaso Silva y los demás, y ellos, ten la seguridad, no se lo contarán a nadie.

BRUNO: ...

JOHAN: Y en cuanto a la policía, tampoco investigará nada. Todas las noches mueren en la ciudad decenas de malandritos como este... Mañana se limitarán a levantar el cadáver, como hacen siempre, lo llevarán a la morgue y allí se quedará hasta que alguien lo reclame. Si es que alguien lo reclama, claro.

BRUNO: ...

JOHAN: Y por los vecinos del barrio ni te preocupes, seguramente nos lo agradecerán. ¡Vamos pues! Pégale un tiro en la cabeza al chamo y acabemos con esto.

BRUNO: Te repito que no pienso hacer eso, bro.

JOHAN: Ah, ¿ves? ¿Te das cuenta? Serás muy bravucón y hasta le habrás entrado a coñazos y patadas al carajito este, pero en el fondo no eres ningún asesino.

BRUNO: Claro que no soy un asesino. Ya te lo he dicho.

JOHAN: Ahora te pregunto yo: ¿crees que si lo llevamos con Silva y los demás y deciden lincharlo no nos estaremos convirtiendo en asesinos?

BRUNO: (*Vacila.*) Pues...

JOHAN: ¡Por supuesto que nos convertiremos en asesinos!

BRUNO: (*Tras una pausa.*) Esa es tu opinión. No la mía.

JOHAN: Ya entiendo... Eres de los que piensa que su responsabilidad se diluye entre la multitud, con la muchedumbre, y como no has apretado el gatillo, no eres culpable de nada, ¿verdad?

BRUNO: ¡Hey, bro! No creas que vas a marearme y confundirme con tus puntos de vista filosóficos. No habré ido a la universidad como tú, pero te aseguro de que no soy ningún tarado. (*Pausa.*) Este tipo ha robado y matado en el barrio y es precisamente en el barrio donde tiene que ser juzgado y castigado.

JOHAN: "Ojo por ojo y todo el mundo acabará ciego".

BRUNO: ¿Cómo?

JOHAN: Es una cita de Gandhi.

BRUNO: ¿Y quién coño es Gandhi?

Breve silencio.

JOHAN: ¿Y si el muchacho acaba siendo inocente?

GNOMO: (*A Johan.*) Yo no he matado a nadie, señor. Se lo juro. Robado sí, lo confieso, aunque tampoco ha sido mucho, pero sí...

BRUNO: ¡Cállate! ¿Quién te ha dado vela en este entierro?

JOHAN: ¿Te has detenido a pensar en eso?

BRUNO: ¿En qué?

JOHAN: En que el muchacho puede ser inocente.

BRUNO: ¿Inocente?

JOHAN: Digo, al menos de los asesinatos.

BRUNO: Si fuera inocente no hubiera echado a correr como lo hizo apenas nos vio.

GNOMO: Eché a correr porque pensé que venían por nosotros a causa de los atracos que habíamos cometido en los últimos días... Pero nunca en mi vida, ni yo ni mis amigos, hemos matado a nadie... ¡Lo juro!

JOHAN: ¿Viste?

BRUNO: (Al Gnomo.) Ya deja de jurar en vano, mamagüevo.

JOHAN: Silva y los demás están muy cabreados, Bruno. No olvides que la chica muerta era su sobrina... Y el chico su ahijado... ¿Crees que bajo estas premisas alguien pueda ser objetivo impartiendo justicia? Al menos yo no lo creo.

BRUNO: ...

JOHAN: Cualquier cosa que decidieran, movidos por la indignación y la rabia, sería un simple ajuste de cuentas, una vulgar venganza y nada más.

BRUNO: ...

JOHAN: Lo de las brigadas ha sido una idea estupenda. ¡Del carajo! De verdad. Es una manera de organizarnos aquí en el barrio para protegernos unos a otros, para proteger nuestras casas y los pocos bienes y propiedades que cada uno tenemos; de evitar en lo posible los apliques, matraqueos y azotes del hampa... Pero si quienes lideran las brigadas empiezan a tomarse la justicia en sus manos, a sentenciar y matar malandros, basándose en no sé qué criterios y códigos de convivencia, entonces todo se habrá ido al carajo y acabaremos peor de lo que estábamos al principio, ¿si me entiendes?

GNOMO: (A Bruno.) Escuche a su compañero, señor. Entréguenme por favor a la policía. No me lleven con

ese tal Silva, se los ruego, se los suplico, se los pido por lo que más quieran.

Silencio.

BRUNO: (A Johan.) No has debido enrolarte en las brigadas si no tenías los güevos bien puestos, bro.

JOHAN: Lo hice porque creía que podían ser de utilidad, algo bien positivo para el barrio.

BRUNO: Y lo son.

JOHAN: No si no respetamos la ley y creemos que estamos por encima de las instituciones del Estado.

BRUNO: ¿"Instituciones del Estado"? ¿Cuál Estado? ¿De qué coño de la madre Estado me estás hablando, bro? ¿Ves por aquí algún poli, ah? ¿Cuándo nos hemos beneficiado en el barrio de una sola de esas instituciones que mencionas? ¡No me jodas!

JOHAN: ...

BRUNO: Estamos solos, Johan. Absolutamente solos. Siempre lo hemos estado y seguiremos estándolo... Si nosotros mismos no resolvemos nuestros problemas, nadie va a venir a resolverlos por nosotros. ¿Entiendes? Y a las únicas instituciones que los malandros respetan y temen son a las parientas de ésta... (Señala el revólver.) Así que deja de machucarme las pelotas y de marearme con tanta paja.

El Gnomo, aprovechando la distracción de los últimos minutos de sus dos captores, se habrá ido desplazando poco a poco, con suma cautela, hacia el lateral por donde ha entrado él, Bruno y Johan. Justo a esta altura, se levanta y echa a correr. Sale.

JOHAN: ¡Hey! ¡Se escapa!

BRUNO: ¡Hijo de la grandísima...!

Ambos echan a correr tras el Gnomo.

BRUNO: ¡Párate, mamagüevo! ¡Párate!

Salen.

2 / La madre

*Rancho de Mercedes.
La misma noche, minutos más tarde.
Mercedes recoge la mesa después de cenar.
Una radio escupe un vallenato.
Ruido de gente alborotada fuera.*

MERCEDES: ¿Y eso?

*Le baja el volumen a la radio.
Escucha.*

MERCEDES: ¿Qué habrá pasado? ¿Por qué andará la gente tan alborotada esta noche?

*Escucha otro rato, pero no logra sacar nada en claro. Luego, tras encogerse de hombros, le sube el volumen a la radio.
Vuelve a sus labores domésticas.
Larga pausa.
Llaman a la puerta.*

MERCEDES: Ya va. Ya va.

*Abre la puerta.
Entran Quiroga y Villegas.*

QUIROGA: Buenas noches, Mercedes.

MERCEDES: *(De mala manera.)* ¡Pájaros de mar por tierra!
¿Qué quieren?

QUIROGA: Coño. Podrías disimular un poquito, ¿no?

VILLEGAS: Sí, señora. Exigimos un poco más de respeto para la autoridad.

MERCEDES: *(Sarcástica.)* ¡Hum! La autoridad...

*Breve silencio.
Quiroga observa meticulosamente el rancho;
Villegas lo imita.*

QUIROGA: ¿Dónde está tu hijo?

MERCEDES: ¿Para eso han venido?

VILLEGAS: Claro. No pensarás que se trataba de una visita de cortesía.

MERCEDES: ¡Dios me libre!

QUIROGA: ¿Dónde está el Tuqueque?

MERCEDES: Eso mismo quisiera yo saber.

QUIROGA: (A Villegas.) Revisa el rancho.

VILLEGAS: Okey.

Sale.

MERCEDES: ¿Y la orden judicial?

QUIROGA: No me jodas, Mercedes.

Quiroga se mueve por el rancho.

MERCEDES: ¿Por qué no se van a perseguir malandros y dejan de molestar a la gente honesta?

QUIROGA: Eso hacemos, Merceditas.

MERCEDES: ¿Cómo?

Quiroga llega hasta el lugar de la radio y la apaga.

QUIROGA: Estamos haciendo exactamente lo que dices, nuestro trabajo: perseguimos delincuentes. (Pausa.) Al parecer tu muchacho anda otra vez metido en líos.

MERCEDES: ¡¿Qué?! No. Eso no es posible.

QUIROGA: Yo creo que sí.

MERCEDES: (Negada.) No, no. Es imposible.

QUIROGA: ¿Sabes entonces dónde está el Tuqueque?

MERCEDES: No. No lo sé.

QUIROGA: ¿Ves? A eso me refiero. Si no sabes dónde anda tu hijo a estas horas de la noche, ¿cómo puedes estar tan segura de que no anda en malos pasos?

*Silencio.
Entra Villegas.*

VILLEGAS: No está aquí.

QUIROGA: ¿Revisaste bien?

VILLEGAS: Por supuesto.

QUIROGA: Okey. Vámonos entonces.

Hacen gestos de salir.

MERCEDES: ¡Quiroga!

QUIROGA: ¿Sí?

MERCEDES: ¿Puedo saber en qué clase de líos anda metido mi muchacho?

Quiroga y Villegas se miran, cómplices.

VILLEGAS: *(Burlón.)* Ahora sí nos vas a parar bolas.

QUIROGA: Villegas: no seas odioso con Merceditas.

MERCEDES: *(Suplicante.)* Por favor...

QUIROGA: *(Tras una pausa.)* No puedo decirte más porque es secreto del sumario.

*Villegas ahoga una risita.
Quiroga le lanza una mirada.
Mercedes está a punto de ponerse de rodillas.
Breve pausa.*

QUIROGA: Bueno, bueno. Voy a hacer una excepción contigo... *(Pausa.)* Hoy por la mañana encontraron muerta a la sobrina de Silva y a su pareja... Sus cuerpos maltrechos y ensangrentados estaban en el interior de su rancho del sector San Martín. Los asesinos fueron particularmente sádicos y se ensañaron con ellos, ¿sabes? Pero no pienses que voy a entrar en detalles sórdidos contigo, te ahorraré el mal rato, no te preocupes... *(Pausa.)*

Otra cosa más sí te digo, porque la considero importante: la chica estaba embarazada... (A Villegas.) ¿De cuántos meses, Villegas?

VILLEGAS: Cinco meses.

QUIROGA: Cinco meses. ¿Quién coño le haría algo así a una mujer embarazada de cinco meses? Dime. Sólo unos enfermos o unos desalmados, sin duda.

MERCEDES: ¿Y qué tiene que ver mi hijo en todo eso?

QUIROGA: ¡Ah! ¿Tú ves?

Breve silencio.

MERCEDES: ¿Qué? Dímelo.

QUIROGA: (*Tras una pausa.*) Presuntamente un vecino vio merodear, alrededor de la casa de las víctimas, poco antes del crimen, a tu hijo y a sus otros dos compinches.

MERCEDES: ¿Cómo?

QUIROGA: Lo que has escuchado.

MERCEDES: ¿Y acaso esos dos no estaban presos?

QUIROGA: ¿Presos?

MERCEDES: Sí, los dos supuestos compinches de mi muchacho...

QUIROGA: Ah.

VILLEGAS: Perdona, Mercedes. Creo que estás confundida. Lo que pasa es que se trata de otros compinches.

MERCEDES: ¿De otros?

VILLEGAS: Sí, de otros. Al parecer tu hijo tiene muchos "amigos"... Lástima que todavía no haya aprendido a escoger bien a sus amistades.

MERCEDES: ¿Estás insinuando que mi hijo anda encompinchado con unos asesinos?

QUIROGA: Aquí nadie está afirmando ni insinuando nada, Mercedes. En todo momento hemos utilizado las palabras "presunto" o "supuesto"... Te recuerdo que ante cualquier acusación, según la ley, todos somos inocentes hasta que se demuestre lo contrario.

VILLEGAS: "Presunción de inocencia", se le llama.

QUIROGA: Así es. Sólo pretendemos hablar con tu hijo, hacerles algunas preguntas... Nada más. (*Breve pausa.*) Además, fuiste tú la que me pidió más información y detalles del caso... Yo sólo estoy siendo condescendiente contigo y te los he proporcionado... Y aún a costa de meterme en líos, te aclaro...

MERCEDES: Perdona, perdona. Tienes razón. Te agradezco que me hayas dado esa información.

QUIROGA: Pero hay algo más...

MERCEDES: ¿Más? ¿Qué más?

QUIROGA: Silva y sus brigadas "especiales" andan buscando a los tres muchachos.

MERCEDES: ¿Y eso por qué?

QUIROGA: Según las averiguaciones que hemos realizado hasta el momento, Silva y los suyos están seguros de que fueron ellos, y no otros, los que mataron a la parejita...

MERCEDES: ¿Solamente porque alguien los vio en los alrededores del lugar del crimen?

QUIROGA: Insisto: yo sólo te estoy informando... (*Pausa.*) De hecho, las brigadas ya capturaron a uno de los tres y al parecer no le ha ido nada bien... (*A Villegas.*) ¿No es así, Villegas?

VILLEGAS: Así es, mi sargento. Nada bien le ha ido al pobre muchacho... (*Pausa. Luego a Mercedes*) Lo quemaron vivo después de golpearlo y torturarlo brutalmente.

MERCEDES: ¡Dios mío! ¡Santa virgen del Carmen, protege a mi muchacho!

QUIROGA: Pues me parece muy bien. Rézales a los santos en los que creas para que nosotros encontremos a tu hijo antes que lo hagan ellos. Adiós, Mercedes.

*Salen Quiroga y Villegas.
Mercedes los ve alejarse desde la puerta.
Larga pausa.
Entra el Tuqueque.*

TUQUEQUE: (*Sigiloso.*) ¿Qué pasa? ¿Qué haces ahí mirando a la calle a estas horas?

Mercedes se sobresalta; luego se vuelve hacia el Tuqueque.

MERCEDES: ¡Hijo!

Cierra la puerta y va hacia el Tuqueque; lo abraza y besa.

MERCEDES: ¿Dónde estabas? ¿Cómo entraste?

TUQUEQUE: Por la parte de atrás, la que da a la casa de los Rodríguez...

MERCEDES: ¿No te ha visto nadie?

TUQUEQUE: Creo que no. ¿Por qué?

MERCEDES: ¿Dónde estabas?

TUQUEQUE: Por ahí.

MERCEDES: ¿Por ahí dónde?

TUQUEQUE: ¿Qué pasa?

MERCEDES: Contéstame.

TUQUEQUE: ¡Por ahí! ¡Por ahí! ¡Qué más da! ¡No te pongas, ladilla, vieja...!

Breve silencio.

MERCEDES: ¿Andas otra vez metido en líos, verdad? No quieres decirme dónde andabas porque seguramente andas otra vez metido en líos.

TUQUEQUE: ¿Vas a empezar? Porque si vas a empezar me lo dices desde ya para regresarme por donde he venido.

Mercedes rompe a llorar.

TUQUEQUE: ¡Coño! ¿Y ahora por qué lloras?

MERCEDES: Me prometiste que no volverías a juntarte nunca más con esa clase de muchachos, Kevin Alejandro.

TUQUEQUE: ¿Con qué clase de muchachos? ¿De qué hablas?

MERCEDES: Sabes muy bien de qué estoy hablando.

TUQUEQUE: No. No lo sé.

*Mercedes se calma.
Silencio.*

MERCEDES: ¿Te has vuelto a juntar con unos malandros?

TUQUEQUE: No.

MERCEDES: ¡Júramelo!

TUQUEQUE: Te lo juro.

MERCEDES: ¡Mientes!

TUQUEQUE: Ah, pues... ¿Para qué me haces jurar entonces si no vas a creerme?

MERCEDES: Quiroga ha dicho que andas otra vez con unos malandros y que tú y ellos están metidos en un lío gordo.

TUQUEQUE: ¿Quiroga? ¿Quiroga ha estado aquí?

MERCEDES: Él y Villegas. Acaban de irse.

TUQUEQUE: ¿Y qué coño querían?

MERCEDES: Hablar contigo. Tal vez hacerte preguntas sobre tus amiguitos...

TUQUEQUE: Pero si Rulfo y el Güero están presos. ¡Y tú lo sabes mejor que nadie! ¿O se te ha olvidado que me obligaste a que los sapeará?

MERCEDES: No. Y eso de denunciarlos fue por tu bien, para que no acabaras en un retén de menores.

Pausa.

MERCEDES: Pero Quiroga me ha dicho que no se trata de ellos, sino de otros tipos, de otros malandros.

TUQUEQUE: ¿Otros tipos? ¿Qué otros tipos?

MERCEDES: Yo qué sé. Dímelo tú.

TUQUEQUE: ¿Y le vas a creer a esos tombos? Quiroga y su perro de caza Villegas son unos corruptos y unos desgraciados. Toda la gente del barrio lo sabe.

MERCEDES: Entonces por qué no me dices dónde andabas.

TUQUEQUE: (*En lo suyo.*) Me tienen el ojo puesto... ¡Eso es todo! Quién sabe qué están tramando esos dos. Qué andan buscando cuando te cuentan esas cosas que te han contado de mí...

MERCEDES: ¿Dónde andabas, Kevin Alejandro?

TUQUEQUE: Ya te lo he dicho: por ahí.

MERCEDES: "Por ahí" no es ningún lugar.

Silencio.

TUQUEQUE: Estaba en donde Yuri y Sinaí.

MERCEDES: (*Irascible.*) ¡¿En donde esas putas?!

TUQUEQUE: Ves por qué no quería decirte dónde estaba.

MERCEDES: ¿Y se puede saber qué carajo hacías tú donde esas putas?

TUQUEQUE: ¿Qué más?

MERCEDES: (*Asombrada.*) Kevin Alejandro, no me digas que...

TUQUEQUE: ¡Qué! Soy un hombre, vieja. Tengo mis necesidades...

MERCEDES: ¡Qué hombre ni que ocho cuartos! Tú eres todavía un niño. Ni siquiera has cumplido los dieciséis.

TUQUEQUE: ¡Bah!

MERCEDES: ¡Soy tu madre! ¡Te exijo más respeto!

TUQUEQUE: ...

MERCEDES: (*Para sí misma.*) Donde la Yuri y la Sinaí...
¡Bien bonito, pues! A ver si lo que Dios no quiera coges una enfermedad de esas bien arrechas y después ésta pendeja es la que tiene que salir contigo corriendo pa'l hospital...

TUQUEQUE: ...

MERCEDES: Como si ya no tuviera bastante con los líos del trabajo y la enfermedad de tu abuela.

TUQUEQUE: Ya córtala, mamá. No te pongas intensa.

MERCEDES: ¿Intensa? ¿Quieres verme de verdad intensa?

Le da un manotazo en la nuca.

TUQUEQUE: ¡Hey!

MERCEDES: Vuélvete a juntar con esos malandros y ahí sí que me vas a ver intensa, Kevin Alejandro.

Silencio.

TUQUEQUE: ¿Qué hay de cenar?

MERCEDES: Espagueti con sardinas.

TUQUEQUE: ¿Otra vez?

MERCEDES: Si no te gusta el menú, ¿por qué no te regresas a donde las tales Yuri y Sinaí para que te preparen algo bueno, ah?

El Tuqueque se sirve la cena y se sienta en la mesa del comedor, en absoluto silencio.

Mercedes lo observa.

Larga pausa.

MERCEDES: ¿Fuiste a averiguar lo de la información que te entregué ayer para que retomes tus estudios?

TUQUEQUE: No tuve tiempo.

MERCEDES: ¿No tuviste tiempo?

TUQUEQUE: Hoy me levanté tarde.

MERCEDES: (*Sardónica.*) ¡Será noticia! Es como todos los días; el cuento de nunca acabar... (*Pausa; luego imperativa.*) Mañana quiero que te levantes temprano y vayas sin falta a ese lugar y averigües qué necesitas y qué tienes que hacer para retomar tus estudios, ¿me has entendido?

TUQUEQUE: Sí.

MERCEDES: No quiero llegar en la noche y que me digas que no has ido, ¿okey?

TUQUEQUE: Claro, claro. Aquí sólo se hace lo que tú digas.

MERCEDES: ¡Ojalá!

TUQUEQUE: ¿No? ¿No? ¡Siempre estoy haciendo lo que tú me obligas a hacer!

MERCEDES: Te obligo.

TUQUEQUE: ¡Me obligas!

*Mercedes se sienta a la mesa.
Silencio.*

MERCEDES: (*Cambiando el tono; didáctica y cercana.*) Hijo: quizás ahora mismo lo veas así, como si yo te obligara a hacer cosas, pero más adelante, cuando seas un hombre...

TUQUEQUE: ¡Ya soy un hombre!

MERCEDES: (*Tras una breve pausa.*) Más adelante... Más adelante entenderás que todo era por tu bien...

TUQUEQUE: No veo qué bien pueda haber en sapear y enviar a tus amigos a la cárcel.

MERCEDES: (*Volviendo al tono de antes.*) Esos muchachos no eran tus amigos, Kevin Alejandro. Sólo te estaban utilizando.

TUQUEQUE: Ese es tu punto de vista.

MERCEDES: ¿Mi punto de vista? ¿Acaso se te olvida lo que vivimos hace apenas dos años con tu hermano?

TUQUEQUE: Aquello fue diferente.

MERCEDES: Nada de diferente. ¡Es la misma vaina!

TUQUEQUE: ...

MERCEDES: Aquellos malandros usaron a tu hermano para atracar y a ti estos otros te estaban usando para vender drogas en el barrio. Ambas cosas son malas, delitos, crímenes penados por la ley... ¿Dónde está la diferencia?

TUQUEQUE: ...

MERCEDES: Y sabes tan bien como yo dónde acabó tu hermano.

TUQUEQUE: ...

MERCEDES: No quiero que eso te pase a ti, Kevin. ¡Dios te guarde! Por favor no sigas por el camino de...

TUQUEQUE: ¡Yo no estoy siguiendo el camino de nadie!

MERCEDES: Pero tarde o temprano acabarás haciéndolo si no te apartas de esos malandros... Por favor no me hagas sufrir más... ¿Por qué no te enserias y retomas tus estudios?

TUQUEQUE: Ya te dije que mañana iré a averiguar lo que quieres que averigüe.

MERCEDES: No, no. No es así. No es por mí, hijo. Te lo repito una vez más: por quien tienes que estudiar y prepararte para el futuro es por ti mismo.

TUQUEQUE: Ese cuento me lo sé de principio a fin.

MERCEDES: ¿Acaso no te gustaría salir de este barrio? ¿Vivir en una de esas urbanizaciones bonitas del este donde viven los ricos? ¿Ser un profesional

que gane un buen sueldo y pueda darse los gustos que quiera?

TUQUEQUE: (*Tras una pausa.*) Tú desde hace tiempo sueñas con salir de este barrio, ¿verdad, vieja? (*Pausa.*) Yo voy a sacarte de aquí, te lo prometo...

MERCEDES: ¡No, no, no! No lo entiendes. No se trata de mí sino de ti. ¡De ti, hijo! ¡De ti! (*Pausa.*) ¿No te gustaría vivir lejos de aquí, en otro sitio mejor, rodeado de otra gente?

TUQUEQUE: (*Vacila.*) Eh... Sí, claro...

MERCEDES: Entonces tienes que estudiar, prepararte, sacar una carrera universitaria para ser alguien en la vida.

TUQUEQUE: ...

MERCEDES: Y aunque me llames intensa, todo esto debes hacerlo por ti mismo. No porque te lo diga yo o porque te lo diga otra persona. Tú mismo tienes que convencerte, desearlo desde lo más profundo de tu corazón y tratar de conseguirlo, ¿me entiendes?

TUQUEQUE: (*Sin ninguna convicción.*) Sí, sí, vieja. Ya te he dicho que sí... ¡Lo capto!

*Mercedes, derrotada, se levanta de la mesa.
Silencio.*

MERCEDES: Todo lo que una madre desea en el mundo es que sus hijos se valgan por sí mismos cuando crezcan y se hagan adultos, que no dependan de nadie, que sean completamente autosuficientes... Felices y autosuficientes... Pero a la vez desea que esa felicidad y esa independencia la construyan desde la honestidad, que no la hayan conseguido con el sufrimiento de otras personas, de otras madres...

TUQUEQUE: ¿De qué coño hablas?

MERCEDES: Quiero que cuando seas adulto seas feliz, pero también un hombre de bien.

TUQUEQUE: Coño, vieja, ¿se puede saber qué carajo te pasa a ti esta noche?

Silencio.

MERCEDES: ¿Me prometes que irás mañana a averiguar lo de tus estudios?

TUQUEQUE: Te lo prometo.

Silencio.

MERCEDES: Bueno, me voy a dormir. Mañana me toca madrugar para llevar a tu abuela a hacerse la diálisis al hospital... Y ya sabes cómo es eso.

Va y le da un beso al Tuqueque.

TUQUEQUE: ¿No vas a tu trabajo entonces?

MERCEDES: No. Le he pedido el día al señor Arispe.

TUQUEQUE: Okey.

MERCEDES: Hasta mañana.

TUQUEQUE: Adiós, vieja.

Mercedes sale.

Tuqueque vuelve a su plato.

TUQUEQUE: (*Apartando su plato con violencia.*) ¡Coño de la madre! ¡Esta mierda está fría!

3 / La autoridad

Módulo policial.

La misma noche, minutos antes.

Quiroga y Villegas, sentados, juegan a las cartas.

QUIROGA: ¿Acaso no te advertí de que si la Negra te pillaba en tu rochelita con esa otra mujer te iba a maletear?

VILLEGAS: Me advertiste, me advertiste.

QUIROGA: ¿Entonces?

VILLEGAS: Bueno...

QUIROGA: Al menos tenías que haber sido un poquito más precavido, coño, más cuidadoso, ¿no te parece, Villegas?

VILLEGAS: Y lo fui. Te juro que lo fui. O más bien lo intenté... ¡Pero esa Negra es demasiado pilas y no deja escapar una!

Silencio.

QUIROGA: ¿No será más bien que tú eres un poco torpe para estas cosas?

VILLEGAS: No digas eso. Sabes muy bien que no es la primera vez que le monto los cuernos a la Negra.

QUIROGA: Okey. Tienes razón. No es la primera vez que le pones los cuernos a la Negra. Coincido contigo. Pero sí es la primera vez que te veo tan babeado por otra mujer que no sea ella.

VILLEGAS: ...

QUIROGA: ¿En qué coño estabas pensando cuando decidiste enredarte así con esa carajita?

VILLEGAS: ¿No la has visto acaso? Está para comérsela con las manos, Quiroga.

QUIROGA: Ya sé, ya sé. La he visto. No te lo voy a negar, la verdad es que la carajita está buenísima.

Pero ese tipo de mujeres son para usar y tirar, no pa' montarles un rancho.

VILLEGAS: ¿Qué te puedo decir? Me equivoqué.

QUIROGA: Y mira con qué te ha salido al final... Si te he visto, no te conozco...

VILLEGAS: No hurgues más en la llaga, ¿quieres?

QUIROGA: Tengo que hacerlo. A ver si así aprendes algo de esta experiencia.

VILLEGAS: Desagradable experiencia, querrás decir.

QUIROGA: Te has quedado sin el chivo y sin el mecate.

VILLEGAS: Y lo que es peor, Quiroga: ¡en la calle! Sin lugar dónde dormir.

QUIROGA: ¿Qué vas a hacer?

VILLEGAS: No lo sé. La Negra está muy cabreada. Ni contesta a mis llamadas.

QUIROGA: ¿Dónde piensas quedarte?

VILLEGAS: Por ahora aquí.

QUIROGA: ¿Aquí? ¿En el módulo?

VILLEGAS: Puedo dormir en el depósito. Al menos por esta semana. Y como estoy de guardia...

QUIROGA: (*Acentuando las palabras.*) Estamos de guardia.

VILLEGAS: Claro. Por eso, por eso. Estamos de guardia... Tú podrías hacerme la segunda mientras yo echo un camaroncito de unas tres o cuatro horas... No necesito más. Ese tiempo es más que suficiente para mí. (*Breve pausa.*) Te ruego que no vayas a decírselo a nadie, ¿okey?

QUIROGA: Qué caradura eres.

VILLEGAS: Anda, Quiroga. Hazme esas segundas... Por lo menos hasta que encuentre un sitio dónde vivir.

QUIROGA: Me vas a meter en problemas.

VILLEGAS: ¡Hum! En peores cosas hemos estado involucrados y todavía, hasta la fecha de hoy, nadie ha descubierto nada... Ni se han enterado... ¡Somos los compinches perfectos!

QUIROGA: Tendré que consultarlo con Durán.

VILLEGAS: ¿Con Durán? Oye: ¿para qué vas a meter a Durán en esto?

QUIROGA: Es mejor que él esté al tanto, por cualquier cosa, tú sabes... Yo lo prefiero así.

VILLEGAS: Pero si se trata de una tontería, Quiroga. ¿Para qué tienes que informarle a Durán de que voy a quedarme en el módulo? Además, no será más que unos pocos días, no más de una semana... Te lo prometo.

Silencio.

QUIROGA: ¿No más de una semana?

VILLEGAS: No más de una semana. Te lo juro.

QUIROGA: ...

VILLEGAS: Es el tiempo que necesito para solucionar mis actuales problemas de vivienda.

Silencio.

QUIROGA: Okey, okey. Puedes quedarte. Pero me debes otra. Y ya con esta creo que he perdido la cuenta...

VILLEGAS: ¡Gracias, Quiroga! ¡Eres un amor de cosas bellas!

Intenta abrazar a Quiroga.

QUIROGA: *(Rechazándolo.)* ¡Déjate de mariqueras conmigo!

*Retoman la partida de cartas.
Pausa larga.*

VILLEGAS: Quiroga.

QUIROGA: ¿Qué?

VILLEGAS: Voy a necesitar otro favorcito de tu parte.

QUIROGA: ¿Otro?

VILLEGAS: Sí.

QUIROGA: ¿No te parece que estás abusando obscenamente de mi confianza esta noche?

VILLEGAS: No tengo a quién más recurrir.

QUIROGA: ¿Qué quieres ahora?

VILLEGAS: Necesito que me prestes tres palos.

QUIROGA: ¿Tres palos?

VILLEGAS: Ajá.

QUIROGA: ¡Eso es mucho dinero! ¡Más de un salario mínimo!

VILLEGAS: Quiero congraciarme con la Negra.

QUIROGA: ¿Y para eso necesitas tres mil bolívares?

VILLEGAS: Pienso comprarle algo muy bonito. Algo que ella se merezca... No sé... ¡Será una sorpresa...! Mi manera de pedirle perdón.

QUIROGA: ¡Estás como una cabra, Villegas!

Silencio.

VILLEGAS: ¿Qué dices? ¿Me prestas esos reales?

QUIROGA: Ni hablar.

VILLEGAS: ¿Ah, no?

QUIROGA: No.

Silencio.

VILLEGAS: ¿Y dos mil? ¿Podrías prestarme dos mil?

QUIROGA: No.

Silencio.

VILLEGAS: ¿Y mil quinientos? Mil quinientos sí, ¿verdad?
Esa no es una cantidad "obscena".

QUIROGA: *(Tras una larga pausa.)* Mil y va que chuta.

VILLEGAS: ¡Hecho!

QUIROGA: Y considérate un hombre afortunado.

VILLEGAS: ¡Soy un hombre afortunado!

QUIROGA: Aunque te confieso que ahora mismo no cargo esa cantidad encima. Te los daré mañana por la mañana, luego de que nos acerquemos a un cajero. ¿Te sirve?

VILLEGAS: ¡Perfecto! No hay problema. Está bien para mí, Quiroga. ¡Gracias de nuevo!

QUIROGA: Espero que no te acostumbres.

VILLEGAS: No. Seguro que no. Y te prometo que te los devolveré en cuanto nos salga otro de esos trabajitos extras, ¿okey?

QUIROGA: Okey, okey.

VILLEGAS: O poco a poco, con parte del botín de la semana.

QUIROGA: Déjalo así. Ya te diré yo cómo me lo vas a pagar.

VILLEGAS: *(En lo suyo.)* Conquistaré otra vez a la Negra y volveré con ella... ¡Ya verás!

*Entra el Niño-Rata.
Villegas es el primero en verlo porque está de frente al lateral por el que hace su entrada.
Quiroga, en cambio, le da la espalda.*

VILLEGAS: ¡Eh! Mira quién nos ha venido a visitar.

Quiroga se vuelve.

QUIROGA: ¿Qué haces tú aquí?

NIÑO-RATA: *(Sombrío.)* Acaban de linchar al Gnomo.

VILLEGAS: ¿Qué?!

Quiroga y Villegas se levantan de sus respectivos asientos como disparados por resortes.

QUIROGA: ¿Qué dices? ¿Cómo fue? ¿Qué ocurrió?

NIÑO-RATA: Él y yo estábamos en uno de los callejones del barrio, en el sector San Martín, esperando al nuevo, que se había retrasado, cuando una de las brigadas de Silva nos sorprendió...

VILLEGAS: ¿Lo sabía! Sabía que esas condenadas brigadas nos iban a traer problemas...

QUIROGA: (A Villegas.) Shhh... (Al Niño-Rata.) Sigue. ¿Qué ocurrió exactamente cuando fueron sorprendidos por las brigadas de Silva?

NIÑO-RATA: El Gnomo y yo echamos a correr. Eran muchos para enfrentarlos sólo con un arma. Además, me dijiste que la utilizara sólo cuando fuera estrictamente necesario.

QUIROGA: ¿Y el arma?

NIÑO-RATA: Aquí está.

Se saca un pistolón de la espalda. Lo llevaba a la altura de la cintura.

QUIROGA: Agárrala y revisala, Villegas.

VILLEGAS: Okey.

NIÑO-RATA: Ellos también andaban armados.

QUIROGA: (Al Niño-Rata.) ¿Le has disparado a alguien con ella?

NIÑO-RATA: No. Te repito que no la he usado, no la he disparado... Sólo la sacaba como método de persuasión frente a uno que otro conejo.

QUIROGA: ¿Seguro? ¿No me mientas?

NIÑO-RATA: Seguro. No te miento.

VILLEGAS: El cargador está completo.

QUIROGA: (Al Niño-Rata.) ¿Qué más? Sigue contando. ¿Qué paso cuando salieron huyendo tú y el Gnomo?

NIÑO-RATA: Hubo un momento de confusión, a determinada altura de nuestra carrera, en que el Gnomo y yo nos separamos... No sé exactamente qué pasó... Él cogió por un lado y yo cogí por otro... Y los de la brigada también se separaron para perseguirnos...

QUIROGA: ¿Y por qué los perseguían?

NIÑO-RATA: ¡Yo qué sé! Tal vez alguien les fue con el soplo de que estábamos cobrando peaje en el barrio.

QUIROGA: Pero eso ya estaba hablado. Las brigadas no iban a andar por esa zona esta noche.

NIÑO-RATA: Pues te falló tu contacto.

QUIROGA: No creo.

Reflexiona.

Pausa larga.

QUIROGA: ¿Y los persiguieron sólo por cobrar peaje?

NIÑO-RATA: ¿Por qué más?

VILLEGAS: ¿Qué pasó con tu compañero?

NIÑO-RATA: Ya lo he dicho. Lo linchó la gente de Silva.

VILLEGAS: Nadie lincha a nadie sólo por cobrar peaje. Menos aún en este barrio.

QUIROGA: Esto está muy raro.

NIÑO-RATA: Yo lo vi con mis propios ojos. Vi cuando lo golpeaban y por fin lo mataban.

QUIROGA: ¿Ah, sí?

VILLEGAS: ¿Y cómo lo viste si a ti también te estaban persiguiendo?

NIÑO-RATA: Porque fui más hábil que el Gnomo y logré escabullirme, deshacerme de mis perseguidores.

Conozco mejor que nadie los rincones y los callejones más recónditos de este barrio. Te consta, Quiroga.

QUIROGA: Es verdad.

NIÑO-RATA: Cuando estuve seguro de haber dejado atrás a las brigadas de Silva, de haberlas perdido, de estar a salvo, enseguida intenté averiguar qué había pasado con el Gnomo. Entonces fue cuando los vi...

VILLEGAS: ¿Qué viste exactamente?

NIÑO-RATA: A los hombres de Silva torturando al Gnomo.

QUIROGA: ¿Lo torturaron?

NIÑO-RATA: Así es. Lo torturaron un rato antes de rociarlo con gasolina y prenderle fuego.

QUIROGA: ¿Lo quemaron vivo?

VILLEGAS: ¡Santo Dios!

NIÑO-RATA: Fue horrible... Y mira que a mi edad he visto cosas horribles en los barrios donde he vivido y trabajado.

QUIROGA: ¿Dónde ocurrió eso?

NIÑO-RATA: ¿Cómo?

QUIROGA: ¿En qué sector, en qué parte lincharon a tu compinche?

NIÑO-RATA: En la cancha de la parte alta de San Martín.

VILLEGAS: ¿En la cancha deportiva?

NIÑO-RATA: Ajá.

VILLEGAS: Pero allí lo vería todo el mundo.

NIÑO-RATA: Claro. Había vecinos del barrio mirando y nadie hizo nada por evitar que quemaran al Gnomo. Al contrario, aupaban y pedían que hicieran lo mismo con sus cómplices...

VILLEGAS: Esto me huele mal.

QUIROGA: También a mí. Voy a hacer una llamada.

*Se aparta de Villegas y el Niño-Rata.
Marca y habla por su celular.
Villegas y el Niño-Rata lo observan expectantes.
Pausa corta.*

QUIROGA: ¿Puedes hablar? (*Escucha.*) Okey. Me acabo de enterar de que quemaron una yerba mala... (*Escucha.*) Eso es asunto mío. Tú límitate a responder a mis preguntas: ¿la quemaron o no? (*Escucha.*) ¿Por qué razón? (*Escucha.*) ¡¿Qué?! ¡¿En serio?! (*Escucha.*) Okey, okey. ¿Y cómo se enteraron? (*Escucha.*) ¿Es totalmente fidedigna esa fuente? (*Escucha.*) Entiendo, entiendo. Te llamo más tarde.

VILLEGAS: ¿Qué averiguaste?

QUIROGA: (*Al Niño-Rata.*) Te lo preguntaré una sola vez: ¿mataron o no a esa parejita de la otra noche?

NIÑO-RATA: No.

QUIROGA: No me mientas.

NIÑO-RATA: No te miento.

QUIROGA: Bueno, para que te enteres, Silva y su gente tienen la total seguridad de que ustedes tres son los asesinos.

NIÑO-RATA: ¿Por qué?

QUIROGA: Porque al parecer, un vecino de las víctimas, e informante de las brigadas de Silva, los vio a los tres merodear la casa de la parejita horas antes de que la mataran.

NIÑO-RATA: Eso no quiere decir nada.

QUIROGA: Tú sabes bien que acá, en este barrio, y tratándose de tipos como ustedes, eso quiere decir mucho.

Pausa.

QUIROGA: Otra cosa: la muchacha muerta era sobrina de Silva.

VILLEGAS: ¡Coño!

QUIROGA: *(Tras una pausa; al Niño-Rata.)* Por cierto, ¿te aseguraste de que nadie te siguiera ni te viera entrar al módulo por la parte de atrás?

NIÑO-RATA: Nadie me ha visto ni me ha seguido.

QUIROGA: *(Sarcástico.)* Bueno, con tal que no sea como la noche en que mataron a esa parejita...

*Llevándose a Villegas aparte.
Hablan en sordina.*

QUIROGA: Esto no me gusta nada.

VILLEGAS: A mí tampoco. Me da mala espina.

QUIROGA: Voy a llamar a Durán.

VILLEGAS: ¿A Durán?

QUIROGA: Antes de que se entere por otra vía.

VILLEGAS: Es verdad.

QUIROGA: No me queda otra.

VILLEGAS: Te entiendo. Dale.

QUIROGA: *(Refiriéndose al Niño-Rata.)* Tú no le quites ojos de encima a ése, ¿okey?

VILLEGAS: Tranquilo.

*Regresa con el Niño-Rata.
Quiroga se aparta aún más.
Marca y habla otra vez por su celular.*

QUIROGA: ¡Hola, jefe! Buenas noches. ¿Cómo está? Disculpe que lo interrumpa y moleste a estas horas... *(Escucha.)* Lo que pasa es que... *(Escucha.)* No, no. En realidad se trata de un asunto serio, de un problemita... *(Escucha.)* No, nada que no pueda resolverse, creo yo, pero... *(Escucha.)* Tengo una idea al respecto y quería

consultársela antes de... (*Escucha.*) Será rápido, no se preocupe. (*Escucha.*) Okey, okey. Se lo prometo. ¿Se acuerda de aquellos tres cabritos que estábamos criando por acá cerca? (*Escucha.*) Sí, sí. Esos mismos. (*Escucha.*) Exacto, exacto. ¡Qué buena memoria! Me alegra de que los recuerde tan bien... Pues, verá, acaba de morírse nos uno... (*Escucha.*) Al parecer, los cabritos se equivocaron de corral y los dueños del otro corral los descubrieron y decidieron matarlos... (*Escucha.*) No, no, por ahora sólo hemos perdido uno. Los otros dos están vivitos y coleando. (*Escucha.*) Sí, hablé con la gente del otro corral para pedir explicaciones y me han dicho que los tres cabritos nuestros habían saltado la verja y se habían colado y comido, hasta acabárselo, su pienso... (*Escucha.*) Exacto, exacto. No oyó mal. Acabaron completamente con el pienso del otro corral... (*Escucha.*) Dos bolsas. (*Escucha.*) La gente del otro corral anda muy arrecha... Alteradísima. (*Escucha.*) Entiendo. (*Escucha.*) Sí, sí. Me han dicho que la fuente era fidedigna. Ellos al menos están seguros. (*Escucha.*) Okey, okey. (*Escucha.*) Seguiré sus indicaciones al pie de la letra. (*Escucha.*) Eso haré. (*Escucha.*) Gracias. Gracias, jefe. (*Escucha.*) Chao. Adiós.

VILLEGAS: ¿Qué hacemos?

QUIROGA: Durán quiere que saquemos al Niño-Rata de aquí, lo antes posible, y que encontremos a como dé lugar al tercer muchacho.

VILLEGAS: ¿En serio?

QUIROGA: (*Al Niño-Rata.*) ¿Cuál es tu otro compinche y dónde podríamos localizarlo a estas horas?

NIÑO-RATA: ¿Por qué?

QUIROGA: (*Sarcástico.*) ¿Por qué va a ser? Para ir a cantarle las mañanitas... (*Violento.*) ¿Acaso quieres que acabe como tu otro cómplice, como un trozo de chuleta que se ha caído de la parrilla a las brasas?

NIÑO-RATA: No.

QUIROGA: Entonces dime quién es y dónde podemos ubicarlo.

Silencio.

QUIROGA: ¿Y?

NIÑO-RATA: Se llama Kevin Alejandro González y vive en el sector La Hojilla, cerca de la capilla de San Judas Tadeo. En los alrededores le conocen como el Tuqueque.

QUIROGA: ¿Kevin Alejandro González, alias el Tuqueque? Me suena, me suena... ¿Te suena a ti Villegas?

VILLEGAS: Por supuesto. Es el menor que la otra vez pillamos vendiendo perico en el sector Las Rosas. El hijo de Mercedes González...

QUIROGA: Ah, claro... El hijo de Merceditas... En La Hojilla...

VILLEGAS: Así es.

QUIROGA: Entonces tendremos que hacerle una visita de cortesía a la Mercedes.

VILLEGAS: ¿Ahorita?

QUIROGA: Así es. Ahora mismo, Villegas.

VILLEGAS: ¿Y la partida?

QUIROGA: La partida puede esperar. Esto es más importante.

VILLEGAS: Claro, como tú ibas perdiendo...

QUIROGA: ¡Hum!

VILLEGAS: ¿Y qué haremos con este?

QUIROGA: Nos lo llevamos.

VILLEGAS: ¿En serio? Pero si los de Silva lo andan buscando...

QUIROGA: ¿Y?

VILLEGAS: Pues que ahora mismo cargar con él en el barrio es como cargar una cadena de oro de este color o, lo que es igual, una diana de tiro al blanco en el pecho.

QUIROGA: ¡Qué gráfico, Villegas!

VILLEGAS: No dirás lo mismo cuando las balas de los malandros o de las brigadas nos pasen silbando las orejas.

NIÑO-RATA: ¡Yo no pienso meterme otra vez en ese barrio! ¡Ni siquiera con ustedes...! ¡Ni aunque me llevaran dentro de un tanque de guerra...!

QUIROGA: Mira cómo aprende de rápido el carajito este, Villegas.

VILLEGAS: Ya veo.

QUIROGA: (Al Niño-Rata.) No te meterás con nosotros al barrio, hijo. Primero te dejaremos en un sitio seguro. No soy tan idiota como para hacer algo así. Sería como firmar nuestro propio certificado de defunción.

VILLEGAS: Ah, ya decía yo...

QUIROGA: (A Villegas.) Ve a buscar la patrulla y párala por detrás, Villegas. Que tampoco es muy conveniente que nos vean salir del módulo con este chamo.

VILLEGAS: Sí, señor.

*Sale Villegas.
Silencio breve.*

QUIROGA: ¡Mira si tienes suerte, carijo! Escapaste de las brigadas de Silva y ahora Durán quiere que te saquemos del barrio.

NIÑO-RATA: Menos mal. Justo eso te iba a pedir, Quiroga. Ya no quiero trabajar en este barrio.

QUIROGA: ¿Ah, no? ¿Y eso por qué?

NIÑO-RATA: Por las brigadas de Silva. Son unos bestias, lo que le hicieron al Gnomo...

QUIROGA: ¿Por eso nada más?

NIÑO-RATA: Nada más por eso.

Silencio breve.

QUIROGA: Por cierto: ¿cargas encima el botín?

NIÑO-RATA: ¿Cómo?

QUIROGA: Lo que han conseguido tumbarle a la gente del barrio en lo que va desde que nos vimos la última vez.

NIÑO-RATA: ¡Ah! No, no. La plata se la ha quedado el Tuqueque.

QUIROGA: ¿Ah, sí?

NIÑO-RATA: Sí.

QUIROGA: ¿Y confías tanto en él para haberle entregado la plata?

NIÑO-RATA: Claro. Es un tipo de fiar, de ley. La debe tener escondida en su casa.

QUIROGA: Okey. Otra buena razón para ir a rescatar a ese muchacho de las brigadas de Silva.

Se escucha cómo se acerca y luego se detiene el motor de un vehículo.

QUIROGA: Ahí está ya Villegas. Salgamos.

Salen.

4 / Las víctimas

Rancho de Deisy y Oreste.

La noche de los asesinatos.

Deisy prepara la mesa para la cena. Se mueve con parsimonia y dificultad porque tiene una barriga de cinco meses de preñada. Aunque pareciera que tiene más.

Al igual que en la escena 2, la radio escupe un vallenato.

DEISY: *(Tras mirar el reloj de la pared.)* Son casi las diez y Oreste no llega aún...

Coge su celular de la mesa del comedor.

Lo manipula y observa con impaciencia.

DEISY: Ni una llamadita ni nada. ¿Qué le habrá pasado, mi Dios? ¡Y yo sin saldo! Ni siquiera un mensajito puedo mandarle para saber de él...

Deja el celular donde estaba y continúa preparando la mesa, pero el nerviosismo y la impaciencia la devoran, no permiten que se concentre completamente en sus labores domésticas.

DEISY: ¡No! No puedo seguir así, sin saber nada de Oreste. ¡Esto no es vida! Voy a pedirle el celular prestado a Yaritza para llamarlo...

Intenta salir.

Entra Oreste.

DEISY: ¡Mi amor! ¡Por fin!

Se le echa al cuello a Oreste.

ORESTE: ¡Hey!

Deisy lo abraza y besa con desesperación.

DEISY: ¿Qué te pasó? Me tenías súper preocupada.

Oreste se separa de Deisy.

Deja sobre la mesa el paraguas que trae en la mano.

ORESTE: Nada, gracias a Dios. Aunque si te soy sincero, nos hemos salvado por los puros pelos de quedarnos sin la paga de la semana...

DEISY: ¿Y eso?

ORESTE: Tres carajitos, seguramente menores de edad, intentaron bajarme de la mula al comienzo de las escaleras del callejón San Martín.

DEISY: ¿En serio?

ORESTE: No nos quedamos sin plata por esto... Y porque Diosito es muy grande, claro está.

DEISY: ¿Y los de las brigadas? ¿No se supone que a estas horas deberían haber estado patrullando?

ORESTE: Pues no. Por allí no había nadie de las brigadas y se notaba que los malandritos esos llevaban un buen rato cobrando peaje en ese sitio.

DEISY: ¿Qué hiciste para que no te robaran?

ORESTE: (*Ufano.*) ¡Aaaah...! Da gracias al de allá arriba, porque te casaste con un hombrecito muy inteligente.

Abre el paraguas y del interior, sobre la mesa, caen dos pacas delgadas de billetes.

DEISY: (*Cogiendo el dinero.*) ¡Escondiste tu paga dentro del paraguas!

ORESTE: Así es. Por ese motivo no me encontraron nada cuando me cacharon y mi paga se salvó de que ahora mismo los malandritos esos se la estuvieran gastando toda en perico o crack.

DEISY: ¡Qué inteligente eres, papi!

*Lo besa varias veces con exultación.
Oreste vuelve a separarse de Deisy.*

ORESTE: (*Pavoneándose.*) Pero no te creas que todo ha sido así de fácil como te lo he contado.

DEISY: Ah, ¿no?

ORESTE: No, señora.

DEISY: ¿Y cómo fue entonces? Quiero detalles. Vamos. Cuenta, cuenta.

ORESTE: Pues, desgraciadamente para mí, uno de los malandrinos que intentaron matraquearme se enamoró del paraguas y quería tumbármelo.

DEISY: ¡No te creo!

ORESTE: Te lo juro.

DEISY: ¿Y qué diablos iba a hacer él con ese pedazo de paraguas viejo y feo?

ORESTE: (*Mirando su paraguas.*) ¿Viejo y feo?

DEISY: ¡Claro! ¡Viejo y feo!

Breve silencio.

ORESTE: (*Herido y severo a la vez.*) No seas malagradecida, Deisy, que este paraguas lleva años conmigo y encima hoy nos ha salvado de quedarnos sin plata.

DEISY: Bueno, bueno. Ese no es el punto. Sigue contando. ¿Para qué te querían quitar el paraguas? ¿Qué pensaban hacer con él?

ORESTE: ¡Y yo que sé! Tal vez se trataba de una simple cuestión de orgullo; sólo para no dejarme ir liso, ¿sí me entiendes?

DEISY: ¿Es que no cargabas nada de plata en los bolsillos?

ORESTE: Nada.

DEISY: ¿Y en la cartera?

ORESTE: Tampoco. ¡Nada! Nadita de nada. Ni medio partido por la mitad, pues.

DEISY: Tú sí eres loco... A más de uno lo han matado por esas calles, como a un perro, por no cargar nada de dinero encima.

ORESTE: ¿Y qué querías que hiciera?

DEISY: Te he dicho sopotocientas veces que algo de dinero hay que cargar en los bolsillos, siempre, pensando precisamente en momentos como éste... Ay, Oreste, cariño, tuviste mucha suerte.

ORESTE: Ahora sí que nos arreglamos, vale... Entonces, según tú, siempre hay que cargar unos churupitos encima para que te los tumben los malandros...

DEISY: No, mi vida, para que te los tumben los malandros no. Te corrijo: para que esos malandros no te peguen un tiro por no llevar plata encima.

ORESTE: Bueno, tampoco eran unos matones. No exageremos. Sólo tres carajitos cobrando peaje para luego írselo a gastar en drogas.

DEISY: Sigue pensando así y no llegarás a viejo... Un día de estos, lo que Dios no quiera, vas a pasar un susto más grande, mi rey...

ORESTE: (*Persignándose.*) ¡Dios me libre, Deisy!

DEISY: Dios te libre y te guarde, Oreste. Pero "Cuidate que yo te cuidaré", dijo nuestro Señor.

Breve pausa.

DEISY: ¿Y tu celular?

ORESTE: Aquí está.

DEISY: ¿No te lo quitaron?

ORESTE: ¡Qué va! Más bien se burlaron cuando lo vieron. Me preguntaron si era marca "picapiedra".

DEISY: ¿Andaban armados?

ORESTE: ¡Claro! Tenían un pistolón de este color...

DEISY: ¡Dios mío!

ORESTE: De otro modo, ¿cómo piensas que tres mocosos podrían habérmela aplicado?

DEISY: (*Sarcástica.*) Ah, claro. Se me olvidaba que a veces crees que eres Batman o cualquier otro de esos superhéroes gringos.

ORESTE: No te burles.

DEISY: Si no me burlo...

Se abraza de nuevo a Oreste.

DEISY: Todo lo contrario: me aterra pensar que uno de esos malandros, con los que te topas a diario por el barrio, pueda hacerte daño... Y tú tan imprudente y temerario pensando que siempre se puede salir bien librado de ellos.

ORESTE: Yo no pienso eso.

DEISY: ¿Ah, no? Dime entonces por qué te la pasas tentando a la suerte.

ORESTE: Tampoco hago eso otro.

DEISY: Oreste...

ORESTE: (*Apartándose de Deisy.*) Okey, okey. Quizás soy un poquito imprudente y temerario como dices. Quizás tiento más de lo debido a la suerte... Pero no podía permitir que tres carajitos nos dejaran sin la paga de la semana.

DEISY: El dinero no lo es todo en la vida, cariño.

ORESTE: Lo sé, Deisy. ¡Pero cómo ayuda...! (*Juguetón.*) Sin dinero tampoco se puede vivir, mi corazoncito.

*Abraza y acaricia a Deisy.
Silencio.*

DEISY: Cuéntame: por fin, ¿qué hiciste para que no te quitaran el paraguas con la plata adentro?

ORESTE: (*Separándose de Deisy.*) ¡Pero si me lo quitaron!

DEISY: ¿Te lo quitaron? ¿De verdad?

ORESTE: Claro. Pero lo recuperé.

DEISY: ¿Cómo?

ORESTE: Cuando uno de los malandritos me cacheó y constató que no cargaba ni un cobre encima, me arrebató el

paraguas y le dijo a los otros dos que le había gustado mucho y que se lo quedaría.

DEISY: ¿Ese paraguas viejo y feo?

Oreste la mira otra vez severo.

DEISY: Supongo que después de eso el corazón se te subió a la garganta...

ORESTE: ¿El corazón? ¡Los güevos, querrás decir!

DEISY: ¡Oreste!

ORESTE: ¡Pero si es la verdad! Los sentía aquí. ¡Aquí, Deisy! ¿Te imaginas si al malandrino ese se le ocurre abrir el paraguas?

DEISY: ¡Hubieran descubierto el dinero!

ORESTE: Así es. Y también, mucho peor que eso, habrían constatado que yo les había estado cayendo a cobas.

DEISY: ¡Cierto!

ORESTE: Y quién sabe si esto último no les hubiera hecho mucha gracia... (*Reflexiona.*) No. Definitivamente no se lo hubieran tomado con mucho humor.

DEISY: (*Otra vez angustiada.*) ¡Hasta podrían haberte pegado un tiro, Oreste, mi vida!

ORESTE: Sí, desde luego. Pero a Dios gracias eso no ocurrió. No te pongas así, ¿quieres? No le hace bien al bebé.

DEISY: ¿Te das cuenta de lo que te digo?

ORESTE: Sí, sí. Tienes razón. Te prometo que la próxima vez seré más cuidadoso. Ahora tranquilízate, ¿quieres?

Abraza otra vez a Deisy.

Breve pausa.

ORESTE: ¿Puedo continuar con mi relato?

DEISY: Continúa.

ORESTE: (*Separándose de Deisy.*) Bien, resulta que el chamo que me cacheó, ahora tenía en su poder mi paraguas con el dinero adentro... En ese momento pensé en dos cosas...

DEISY: ¿En qué cosas?

ORESTE: Pensé en seguir mi camino, como me lo acababan de ordenar los malandritos, o quedarme e insistir para que me devolvieran el paraguas...

DEISY: ¡Y te decidiste por la segunda opción!

ORESTE: Pues sí, porque luego pensé: lo mismo da si estos carajitos descubren el dinero ahorita o más adelante, igualito se van a dar cuenta de que los intenté engañar y me van a pasar factura. De modo que me arriesgué y decidí recuperar de inmediato mi paraguas.

DEISY: Cómo tientas a la suerte, Oreste Jesús.

ORESTE: Okey, el asunto es que me instalé a suplicarles que por favor me devolvieran el bendito paraguas. Les inventé la historia que era el único recuerdo, la única herencia que me había dejado mi madre que recién acababa de fallecer...

DEISY: Eso sí tienes tú, mi rey: para inventar historias, que te busquen.

ORESTE: Pues cómo te digo que no si es que sí.

DEISY: Y naturalmente se tragaron el cuento.

ORESTE: Se lo tragaron. Aunque tampoco te creas que fue ahí mismo, rapidito... No, no, no. Tuve que trabajármelo. Tuve que insistir un buen rato porque al principio los tres estaban durísimos como huesos, como piedras.

DEISY: (*Pícaro, sobándose la barriga.*) Eso de insistir, papi, también se te da muy bien.

ORESTE: Al fin, el que parecía el líder, porque era el que llevaba el pistolón, se ablandó y le ordenó al otro que me devolviera el paraguas.

DEISY: ¡Gracias a Dios!

ORESTE: Y eso fue todo. Con el paraguas ya de nuevo en mis manos, sin pensarlo dos veces, eché a andar lo más veloz que podía directo para acá.

DEISY: Prométeme que nunca más te vas a arriesgar de esa manera, Oreste. Ni por la paga de la semana ni por todo el dinero del mundo.

ORESTE: Pero...

DEISY: ¡Prométemelo!

ORESTE: De acuerdo. Te lo prometo.

DEISY: Y que siempre vas a cargar con algo de plata en los bolsillos.

ORESTE: De acuerdo, de acuerdo. Prometido.

DEISY: ¡Te estoy hablando en serio, Oreste!

ORESTE: Yo también. Te lo juro. Yo también te estoy hablando en serio, mi amor.

DEISY: Más te vale.

ORESTE: Ahora, después de tantas promesas, déjame saludar al campeón de esta casa.

Oreste se inclina y le habla a la barriga de Deisy.

ORESTE: ¿Qué hay, tigre? ¿Cómo te portas?

DEISY: ¡Ay!

ORESTE: ¿Qué pasa?

DEISY: Sentí una patadita.

ORESTE: ¿En serio?

DEISY: ¡Sí, sí! Aquí. Toca. Toca.

Coge la mano de Oreste y se la pone, junto con las suyas, sobre la barriga.

ORESTE: No siento nada.

DEISY: Háblale otro poco.

ORESTE: ¿Y qué le digo?

DEISY: Cualquier cosa.

ORESTE: Eh... Eh... Mañana es el primer Caracas-Magallanes de la temporada...

DEISY: ¡Eso no, bruto!

ORESTE: ¿Entonces qué?

DEISY: Algo que tenga que ver directamente con él.

ORESTE: (*Tras reflexionar.*) Bebé, te estamos esperando con muchísima ilusión... (*Mira a Deisy; ella asiente.*) Queremos que ya estés aquí afuera con nosotros para abrazarte y besarte...

DEISY: ¡Ahí están otra vez! ¿Las sientes?

ORESTE: (*Emocionado.*) ¡Sí, sí! Claro que las siento. (*A la barriga de Deisy.*) Te daremos cariño a montón, mi sol. Ahora quiero sentir otras pataditas... (*Emocionadísimo.*) ¡Dale, bebé! ¡Dale, campeón, dale! ¡Dale fuerte!

DEISY: ¡Ay! ¡Ay!

ORESTE: ¡Me hace caso, Deisy! ¡Me escucha y me hace caso!

DEISY: Pero no se emocionen demasiado, chicos, que luego la que sufre las consecuencias soy yo.

ORESTE: (*Emocionado.*) ¡Eso es, campeón! ¡Bien hecho!

DEISY: ¿Te das cuenta de que sí reconoce tu voz?

ORESTE: ¡Sí, sí! Me escucha.

DEISY: Se pone como loco cuando te oye.

ORESTE: ¡Es increíble!

DEISY: Y tú que decías que eran inventos míos. Menos mal que esta vez sí lo has sentido.

ORESTE: ¡Lo he sentido, Deisy! ¡Lo he sentido! Reconoció mi voz y ha hecho lo que le he pedido.

DEISY: Ya sé, ya sé. Me he dado cuenta. No te olvides que lo llevo dentro, tontito.

ORESTE: Va a ser un campeón, Deisy. Lo educaremos para que sea un "grandeliga".

DEISY: ¡Ay, Oreste! Todavía el muchachito no ha nacido y ya le estás endosando tamaño compromiso.

ORESTE: Es que hay que educarlo para que sea un ganador, para que crezca fuerte y viva como los grandes.

DEISY: Yo me conformo con que nos salga sano y de buenos sentimientos.

ORESTE: También, también, mi vida, pero siempre es bueno aspirar a más... (*A la barriga de Deisy.*) Serás como Miguel Cabrera... (*Reflexiona.*) ¡No! ¡Qué digo! ¡Serás aún más grande y arrecho que Miguel Cabrera...!

DEISY: Y de ahora en adelante ¿me tendré que calar esto todos los días, mi Dios?

ORESTE: (*A la barriga de Deisy.*) ¡Campeón, campeón!

DEISY: (*Apartando a Oreste.*) Okey, okey. Creo que es suficiente estímulo para nuestro hijo por el momento.

ORESTE: Pero si apenas acabo de empezar...

DEISY: ¿No tienes hambre?

ORESTE: Pues sí. Me muero de hambre.

DEISY: Ayúdame con la mesa mientras caliento la cena, que justo la estaba poniendo antes de que tú llegaras.

*Oreste hace lo que Deisy le ordena.
Empieza con el trasiego de cosas de la cocina a la mesa. Platos, cubiertos, etcétera.
Larga pausa.*

ORESTE: ¿Sabes quienes también van a ser papas?

DEISY: ¿Quiénes?

*Entra Gnomo/Tuqueque/Niño-Rata.
Se queda mirando en silencio y con malicia la escena
que protagonizan Deisy y Oreste.
Éstos no se percatan de la presencia del
Gnomo/Tuqueque/Niño-Rata; es como la presencia de un
fantasma que les observara desde el más allá.
Al final Gnomo/Tuqueque/Niño-Rata saca una navaja.*

ORESTE: Roberto y Yajania.

DEISY: ¿En serio?

ORESTE: Me lo ha dicho el propio Roberto esta mañana, tan pronto llegó al taller. Hubieras visto cómo le brillaban los ojos al contármelo.

DEISY: Ojalá, ahora que va a ser padre, se enserie un poco y deje de beber y parrandear como lo hace, que desde que se rejuntaron hasta el día de hoy, no ha hecho más que darle muy mala vida a la pobre Yajania.

ORESTE: ¿Y tú crees que un hijo vaya a cambiarlo?

DEISY: Si lo desea, sí. ¿Acaso tú no quisiste ser mejor persona cuando supiste que ibas a ser papá?

ORESTE: Por supuesto, pero yo no tenía los vicios que tiene Roberto. Tú lo sabes. Siempre he sido un tipo tranquilo, hogareño. No fumo, no me gusta trasnochar y con la bebida tengo una relación más bien sosa... Soy eso que llaman por ahí: "un bebedor social".

DEISY: Pero algo de ti tuviste que querer mejorar cuando supiste que ibas a ser papá, ¿no?

ORESTE: La verdad, Deisy, si te soy sincero, te confieso que desde que estoy contigo soy una mejor persona y ya no sé si vaya a poder mejorar más...

DEISY: ¡Ay! ¡Qué cosas tan lindas dices, mi rey! Con ese piropo se me han caído las medias hasta los tobillos... Te juro que si no estuviera embarazadísima...

En Off, y sobre los últimos diálogos de los personajes, escuchamos la siguiente noticia difundida por el típico narrador amarillista de la radio:

"...Sólo uno de los presuntos violadores y asesinos sigue con vida. Se trata del menor de edad Kevin Alejandro González, alias El Tuqueque, que fue entregado por su propia madre a la policía. De los otros dos presuntos asesinos poco se conoce. Uno de ellos, el apodado Gnomo, fue linchado por los indignados vecinos de las víctimas, la noche siguiente al crimen. El otro, apodado Niño-Rata, fue localizado muerto, hace cuatro días, en la quebrada de Catuche, con un tiro en la nuca. Las autoridades continúan con las averiguaciones para determinar si estos tres adolescentes fueron los verdaderos autores materiales de la violación y el brutal y sanguinario asesinato en el que perecieron los ciudadanos Deisy Briseida Colmenares, ama de casa y embarazada de cinco meses al momento de los hechos, y Orestes Jesús Rodríguez, de profesión mecánico y pareja de la primera, asesinatos que han conmocionado a la opinión pública de todo el país. Seguiremos informando".

En cuanto acaba la nota informativa, suena en la radio, a volumen infernal, un reggaetón. La escena se congela por segundos. Por fin el audio de la radio comienza a descender, al mismo ritmo que la intensidad de las luces, hasta el apagón final.

FIN